

Ella



Juan José de Giovannini



Ella



Ella

Primera edición, mayo de 2024

© Juan José de Giovannini

Colección El Sueño del Ajolote

D.R. © Editorial Los Otros Libros

Pedro Hernández Valenciano #36

Fracc. Mineral de la Hacienda

36250, Guanajuato, Gto.

www.losotroslibros.com

Cuidado de la edición: Ana Paulina Calvillo

Corrección de estilo: Ana Reza

ISBN: 979-837-6923-51-1

Impreso y hecho en México.

Los Otros Libros promueve la libre difusión del arte y la cultura, es por ello que alienta a los lectores a descargar y compartir las publicaciones de la editorial.

Juan José de
Giovannini

Ella



LOS OTROS LIBROS

El caos al que está orillado nuestro mundo se interrumpe por un momento al paso de Juvenal, para volver luego a propiciar de nuevo la caída de un libro, la descompostura de un aparato eléctrico o la suciedad de una ventana. Ver a este hombre mientras revisa en su departamento los planos que mañana entregará al despacho de arquitectos donde labora, es tener ante nosotros la imagen de la medida y el orden.

Su restirador, ahora que ya terminó de trabajar, parece no haber sido utilizado nunca. Nada en él está fuera de su lugar. Sobre la madera se refleja la tenue luz de la lámpara de piso que también ilumina el sillón donde ahora Juvenal está senta-

do leyendo el periódico. Desde hace varios años acostumbra terminar el día de esa manera. Los locutores de televisión lo fatigan, por eso prefiere informarse por medio de la letra escrita, mientras escucha la última parte de la programación de la emisora universitaria de radio.

Sí, estoy de acuerdo, es el miedo a la perturbación lo que hace a Juvenal ser así, pero muchos quisiéramos protegernos con tanta eficacia contra nuestros temores. Basta verlo ahora –empijamado, con una bata de lana, una taza de té de jazmín en la mano y con los pies resguardados en un par de pantuflas de piel con forro de lana cruda– para desear estar en su pellejo. El aroma de la infusión, el calor que despide la lámpara, la mullida alfombra de la sala y la música conforman una imagen envidiable. Además, en su recámara lo espera un colchón japonés, sin resortes, que se amolda anatómicamente a la espalda. Para cubrirlo utiliza sábanas blancas

de algodón grueso, un cobertor delgado, pero caliente, y finalmente un edredón de seda con relleno de plumas de ganso. A esta hora la cama ya está semiabierta, esperando a que él llegue y entre con facilidad. No tardará en conciliar el sueño.

Por ahora, sin embargo, aún permanece en su sillón leyendo el periódico y escuchando el radio. Las noticias de las que se entera tampoco logran interrumpir su placidez. El mundo es para él sólo un espacio abstracto en el que grupos de personas entran en conflicto, incomprensiblemente. Sí, incomprensiblemente, porque él está seguro de que una pequeña dosis de razón podría hacer a todos los habitantes de este país entender que cada quien tiene su lugar. Así como a él no le preocupa carecer, por ahora, de una mansión, quienes viven en las barriadas de la periferia tampoco deberían preocuparse por no ser como Juvenal. De cualquier forma nunca podrán serlo. Sí, es un pensamien-

to muy cómodo el de este hombre, pero, repito, es envidiable.

Aparentemente ya concluyó la lectura de su periódico. Lo dobla por la mitad y lo coloca en el cesto donde están cada uno de los ejemplares que esta semana ha leído. Pronto tendrá que trasladarlos al patio donde tiene almacenados los de todo el mes. Entra a su recámara y comienza a elegir la ropa que va a utilizar mañana. Coloca en su perchero cada una de las prendas. El pantalón de casimir, la camisa blanca de algodón, un saco gris de lana, la corbata roja de seda y hasta un par de mancuernillas plateadas, sobre una pequeña charola. Si su atuendo del día siguiente no está preparado, él no puede dormir. Ahora ya todo está listo, sólo falta el aseo de la boca, con lo que finaliza la rutina de cada día. El sabor de la pasta de dientes y el enjuague bucal es algo que lo acompaña cada noche antes de entrar en la cama.

Como acto preparatorio del sueño decide escuchar algo de música en su recámara. Se acerca al sitio donde guarda sus discos compactos y duda en cual escoger. Sin pensarlo demasiado elige uno que, en otra época, lo hacía sumergirse en la nostalgia. Los recuerdos ya no lo indisponen como antes, cuando era incapaz de escuchar cierto tipo de música o ir a restaurantes de comida exótica, porque de inmediato se perturbaba y eso era muy incómodo pues sus acompañantes lo notaban. Pero ahora ya no le ocurre así. En su departamento, sobre todo a estas horas, se siente protegido, sus miedos desaparecen. Si hubiera ido al sicoanalista el resultado no sería mejor, ahora él es un verdadero temerario. Por eso escuchar *My song* de Keith Jarret le resulta doblemente placentero.

Está bajo su edredón, con los pies calientes, planeando las actividades del día siguiente, seguro de que su trabajo será

bien recibido por su jefe, lo cual le permitirá recibir una felicitación y, obligadamente, un aumento de sueldo. Todo es tan perfecto que se antoja que algo lo moleste, que alguna preocupación perturbe a este hombre. Afortunadamente los deseos parecen hacerse realidad. Alguien toca el timbre y, por consiguiente, Juvenal se siente, al menos, importunado.

Durante algunos segundos piensa en no contestar, pero sabe que si no lo hace permanecerá en él la duda acerca de quién pudo haber tocado. Así que, muy a su pesar, se levanta. Eso sí, está dispuesto a insultar al intruso si su asunto no tiene importancia. Todos sus amigos saben que a las once de la noche él ya no está disponible, además, ¿por qué no le hablaron antes por teléfono?; tuvieron que venir a tocar y sacarlo de su placidez. Sin embargo, también es cierto que era penoso continuar viéndolo inmerso en tal auto-complacencia.

Se dispone a tomar el auricular del interfón. En este momento escucha que suena el timbre del departamento contiguo. Claro, quien sea el intruso se equivocó. Pero, ¿se equivocó ahora o hace un momento? Para cerciorarse coloca el auricular en su oreja y escucha el siguiente diálogo.

–Diga.

–Ya vine, soy Karen.

–Ahorita bajo.

Al que buscan es al vecino, y a él ya lo hicieron levantarse. Pero mientras piensa esto, de manera simultánea se da cuenta de que la voz de la mujer en el interfón le pareció muy familiar y el nombre que escuchó también. ¿Será ella? No puede ser. Sería demasiada casualidad que llegara a ver al vecino. Pero, nada es imposible, ella aún vive en esta ciudad y seguramente no ha cambiado su costumbre de visitar a hombres durante la noche. Eso no se quita.

Bueno, si todo marcha bien, será posible ver a Juvenal preocupado por algo, inquieto. Su cama ya no parecerá edénica y sus pensamientos dejarán de ser tan satisfactorios. Tiene algo en qué pensar. Las cosas se ponen mejor todavía, pues él duda en regresar a su recámara. ¿Le dolió tanto escuchar esa voz que ahora no podrá dormir? Sería demasiado bueno. Quizás sólo permanecerá meditabundo algunos instantes y luego volverá a cubrirse con su edredón para conciliar el sueño lo antes posible, con lo cual ahuyentará recuerdos incómodos que puedan revivir ciertos rencores. Él es un hueso duro de roer, difícilmente algo puede distraerlo.

En estos momentos está aún junto al interfón, no tardará en retirarse, ya lo veremos. Efectivamente, comienza a caminar... hacia la ventana. ¿Qué tiene que hacer junto a la ventana? Se asoma hacia la calle y alcanza a ver a una mujer de cabello negro rizado con un vestido enta-

llado que espera entrar al edificio. Pues sí, la mujer a quien todavía añora tenía una cabellera negra rizada como la que acaba de ver y le gustaba utilizar vestidos entallados, pero eso ocurrió hace mucho. Probablemente ya cambió su modo de vestir. No puede ser la misma.

La puerta del edificio se abre y entra la visitante. Juvenal está muy cambiado. Se dirige rápidamente a la puerta para mirar por el visor y cerciorarse del rostro de la visitante. Observa atento por el orificio y, lógicamente, sólo alcanza a ver un par de figuras lejanas que salen del elevador y se introducen en el departamento contiguo, pero no logra reconocer rostro alguno.

Juvenal perdió ya la calma. Su afán es saber si la mujer que visita a su vecino es la misma Karen que él conoce tan bien y a quien lleva tantos años olvidando a diario. La luz de la lámpara de piso se refleja nuevamente en la mesa de trabajo y llega a él, débil pero suficiente para mostrar la cla-

ridad de su pijama, la palidez de su piel y el leve temblor de sus manos. Da pena ver ahora, convertido en un perplejo, a quien era un trasatlántico con rumbo invariable. La ruta fija de Juvenal ahora es una disyuntiva: regresar a la cama y olvidar lo que ocurrió momentos antes o sentarse en el sillón para pensar cómo averiguar quién es esa mujer. Se sienta en el sillón y comienza a pensar en algún pretexto para tratar de entrar al departamento de su vecino, con lo cual, como vemos, la disyuntiva queda anulada. Sin embargo, no se le ocurre nada, además de que se sentiría ridículo, sobre todo porque su vecino podría pensar que él intenta propiciar algún acercamiento más allá de la mera amistad, encima de aquello, si esa mujer fuera en realidad la Karen que él piensa, lo reconocería y él tampoco desea que eso ocurra.

Ver a Juvenal ahora no deja de provocar lástima. Se siente incapaz de averiguar por sí mismo si la Karen que está

ahora en el edificio es la misma que años atrás él persiguió con obsesión hasta lograr ahuyentarla para siempre. La acosó incansablemente mientras pudo y, como era lógico, para ella la solución no pudo ser otra que poner una distancia infranqueable entre ambos. Él no pudo evitarlo. Tardó meses en recuperarse del abandono y años en dejar de pensar en ella a diario. Su situación actual, como habíamos visto antes, parecía ya de completa recuperación, nada nos mostraba algún rastro de esa vieja historia.

Ahora se levanta del sillón y da algunos pasos. Llega a la terraza. Creo que va a tomar la arriesgada decisión de ventanear a descaro. Estira su cuerpo sobre la pequeña barda intentando mirar la otra sala, con peligro de caer al vacío o de que alguien lo vea. Apenas alcanza a ver algo. Por lo visto no se encuentran en la sala, pues ninguna lámpara está encendida. Es posible que estén en el cuarto y, si es así,

quizás están haciendo algo que a Juvenal le molestaría terriblemente, en caso de que esta Karen sea la que él conoce. En pocas palabras, se presenta una nueva disyuntiva: entrar como intruso al departamento del vecino o esperar sentado en la sala hasta que esa mujer salga del departamento para mirar, entonces sí, claramente su rostro. La decisión, obviamente, la va a tomar sentado en la sala, donde ya lo vemos dispuesto a esperar el tiempo que sea necesario.

El silencio es el mejor conductor de los sonidos. De eso se da cuenta ahora Juvenal y también comprende lo angustioso que ese hecho puede ser. Para advertir el momento en que esa mujer se disponga a irse se sienta sobre la alfombra con la espalda apoyada en la pared que divide ambos departamentos. Ahí puede escuchar gran parte de lo que ocurre del otro lado, como ciertas risas que ahora se producen y que son una señal inequívoca de

que dos personas se están divirtiendo, de seguro, en una cama.

Esta escena ya la vivió él cuando la asediaba a ella. En esa época él la perseguía sin descanso, la llegaba a espiar como un policía a un sospechoso y, por eso, en varias ocasiones escuchó risas como las que ahora provienen del otro lado de la pared, donde parece campear la alegría, mientras Juvenal, rodeado de oscuridad, espera que esa mujer salga de ahí sólo para intentar ver su rostro y estar seguro de que no es la Karen que él conoce.

Para colmarla, dejó sus pantuflas en la recámara y ahora las necesita, sus pies están helados, pero teme abandonar su sitio, aunque sea por unos instantes, pues en esos momentos puede ocurrir que ella salga sin que él pueda darse cuenta. Tampoco tiene consigo su reloj. Está a merced del tiempo. Cubre uno de sus pies con el otro para tratar de calentarlos, mientras cruza los brazos para luchar con el frío.

Tiene que hacer acopio de paciencia. Rastrear el más pequeño sonido o alguna palabra que pueda darle una pista acerca de esa mujer. Sólo escucha las constantes risas y algunos murmullos indescifrables. No obstante, nada lo desalienta, él seguirá ahí el tiempo necesario, hasta lograr su propósito. Decide recargar la oreja sobre la pared. Se aferra a cualquier señal que le llegue del sitio donde está ella. Esa sala, esa recámara, que incluso ya cree conocer.

Separa la cabeza de la pared para descansar un momento. Se toma el cuello con la mano, como si le doliera. Vuelve a la posición anterior. Tiene que esperar ahí donde se encuentra ahora, mantener el oído atento a cualquier ruido, como el que ahora se produce, por ejemplo. Parecen ser pasos. También escucha voces, identifica algunas palabras, no comprende lo que se dicen, pero aparentemente están por despedirse. Qué bueno que ocurra esto. Era lastimoso seguir viendo a Ju-

venal lamentando su suerte sobre el piso de su casa, como niño castigado.

Ahora está ya de pie, a la expectativa, no puede permitir que esa mujer huya sin ser vista por él. Se da cuenta de que necesita actuar de inmediato. El vecino de seguro la acompañará a la planta baja del edificio, entonces, si él sale antes podrá bajar por las escaleras mientras ellos lo hacen por el elevador y los esperará en el hueco que se encuentra abajo de las escaleras desde donde podrá lograr su cometido. Pero debe hacerlo ya, en este momento, por eso se dispone a abrir la puerta, de inmediato y en silencio. Se da cuenta de que no lleva sus llaves, por eso se detiene y va por ellas, pues de lo contrario caería en el peor de los absurdos, encerrado en su propio edificio, sin poder volver a su departamento, con la necesidad de tener que despertar a otro de sus vecinos e inventarle cualquier cosa para pedirle ayuda. Sería demasiado para él afrontar ese

ridículo, por eso toma las llaves, sale de su departamento y avanza veloz.

Se detiene luego de bajar unos cuantos escalones para esperar a que ellos salgan. Ya lo hicieron. El ruido de la puerta del elevador debe ser la señal para correr hacia la planta baja. Sólo son dos pisos, por eso sabe que puede llegar antes. Pero no escucha lo que esperaba, a cambio puede percibir el sonido de pasos, pasos inequívocos que señalan a dos personas que pisan escalones. Eligieron las escaleras. Debe correr. Lo hace, pero con mucho cuidado, pues teme ser descubierto y además es difícil caminar descalzo sobre el mosaico lustroso. Da grandes zancadas, se apoya en la pared para evitar caer, faltan unos cuantos escalones para alcanzar la estancia, ya está en ella, se esconde bajo el cubo de la escalera y espera a que ellos bajen.

Sólo tardan unos cuantos segundos. Llegan a la estancia y se dirigen a la puer-

ta de salida. Van abrazados. Juvenal trata de mirarla a ella, pero sólo puede verla de espaldas. En cuanto salen del edificio se acerca a la ventana. Desde ahí advierte que el coche de la mujer se encuentra justo enfrente del edificio. Podrá ver cuando lo aborde. Ya lo hace. La mira detenidamente y, claro, se da cuenta de que es otra Karen, era de esperarse. Baja la vista y se escurre hacia el cubo de las escaleras, pues ahora debe esperar a que su vecino suba para luego hacerlo él. Deja transcurrir algunos minutos. Se dirige a su departamento donde hace un par de horas se encontraba a punto de conciliar el sueño sin que nada lo perturbara; ahora está subiendo las escaleras de su edificio, en medio de la noche, descalzo. Si no lo viéramos, diríamos que es algo increíble.

Juvenal despierta al oír la alarma del reloj. Son las seis y media de la mañana. Debe levantarse para tener tiempo de bañarse, desayunar y repasar los planos que

dentro de poco entregará y por los que seguramente recibirá una felicitación. Pone los pies sobre la alfombra y los siente adoloridos. Es evidente lo que eso le recuerda. Karen, la verdadera, la que no estuvo ayer en su edificio, la que no visitó al vecino, sabe Dios en dónde se encontrará. Pero, finalmente, eso a él qué le importa, de cualquier forma si la volviera a ver no ocurriría nada, cuando mucho un breve saludo, amable, en honor a los tiemposidos, pero nada más. Ahora ya se quita la pijama y entra al baño, desnudo, para recibir bajo la regadera el agua caliente, terminar de despertarse y, ya resignado, gozar con la perspectiva de su gratificante trabajo como arquitecto.



Juan José de Giovannini
21 de junio de 1961-18 de marzo de 2024

Juan José nos enseñó que los libros tienen el poder de transformar vidas, de crear puentes entre las personas y de iluminar hasta los rincones más oscuros del alma.

Ricardo García Muñoz

“Vivimos una época posutópica, aunque algunos prefieren llamarla posmoderna, en la cual quizá la postura más congruente sea el escepticismo”, escribía Juan José de Giovannini en 1991, hablando de *Memorias de un comunista*, de René Avilés Fabila. Una cita curiosa en palabras de un hombre que dedicó su vida a la literatura sin temor a equivocarse. Al menos, eso fue lo que nos compartió a quienes tuvimos la suerte de convivir con él durante un trecho del camino.

Lejos de ser un escéptico Juan José fue un idealista que puso en marcha los sueños que desde muy joven fueron su faro. Tras estudiar la preparatoria en el Institu-

to Lux, en su natal León, se trasladó a la Ciudad de México para estudiar Literatura Latinoamericana. La capital le ofreció la oportunidad de estudiar con Hugo Gola, de quien siempre reconocería su influencia. Durante varios años estuvo en el área editorial del periódico Excélsior, y de regreso a Guanajuato se integró al diario AM como editor.

“Yo soy un editor que escribe” me confesó alguna vez, y es que en 1996 obtuvo una beca del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, con un proyecto de cuentos sobre las relaciones de pareja, en el que nació *Ella*, esta historia en la que al narrador parece disgustar su protagonista y que confirma la máxima literaria: “el narrador es el primer personaje que se construye”.

A comienzos del milenio Juan José era coordinador editorial de la Universidad de Guanajuato. Varias colecciones que continúan hasta el día de hoy nacieron en su gestión, dando oportunidad a escrito-

res locales y foráneos, como Ricardo García Muñoz, Isaura Contreras o Saúl Ibargoyen, por mencionar algunos.

Pero fue en su gestión como director editorial del Instituto Estatal de la Cultura, Ediciones La Rana, en la que pudo ver consolidados varios proyectos que marcaron el rumbo editorial del estado. Giovannini no sólo se preocupó por la producción editorial de su casa, en verdad le importaba lo que se estaba escribiendo, lo que se estaba leyendo en Guanajuato y, sobre todo, le importaban las personas. Creía hondamente en la literatura pero no como un arte aislado o elitista, sino en relación con la gente y fue en este sentido que nos cobijó a escritores y editores, que bajo el concepto de Fondo Editorial Guanajuato encontramos que los libros tienen el poder de vincularnos.

Ella

de Juan José de Giovannini

editado por Los Otros Libros dentro de la
colección El Sueño del Ajolote,
se terminó de imprimir en mayo de 2024,
en Custom Printing SA de CV.

Para su composición se usaron tipografías de a
familia Cochin.

La edición estuvo a cargo de

Ana Paulina Calvillo

y la corrección de estilo de Ana Reza.

El tiro consta de 100 ejemplares.

